

ENTREVISTA A
STALIN

La lógica de un dictador

JAVIER FERNÁNDEZ AGUADO

ÍNDICE

Prólogo	7
Introducción.....	11
Los orígenes	27
La Revolución y la guerra civil	74
El ascenso al poder	113
Colectivización, industrialización y propaganda	160
El Terror	193
La Gran Guerra Patria.....	223
El final.....	260
Glosario de instituciones de la URSS y el Partido Comunista de la URSS.....	277
Glosario de políticos y militares de la URSS.....	283
Bibliografía	295
Anexo 1. Discurso secreto	299
Anexo 2. Algunas opiniones sobre el comunismo	353
Agradecimientos	359

INTRODUCCIÓN

La simplificación es un riesgo a la hora de analizar la historia. Resulta más cómodo explicar procesos complejos de manera lineal, con respuestas de manual. Como el pasado ha transcurrido, resulta sencillo proponer patrones. Lo pretérito puede parecer ordenado, lógico e inapelable, mientras que la actualidad se escapa de las manos como granos de arena y se revela caótica. En ocasiones encontramos consuelo al mirar hacia atrás, para rememorar la propia vida, convencidos de que existe una presentación, un nudo y un desenlace. Sin embargo, esa comprensión retrospectiva —lo que los anglosajones denominan *hindsight*— inclina a avistar espejismos.

Lo acaecido es complejo, como un lejano país en el que se habla otra lengua y se guardan costumbres diversas. Tratar de desentrañarlo y reducirlo a lo que queremos que sea, proporcionando una significación sin atender a matices, es una tentación perniciosa.

La URSS fue un régimen nocivo, de una brutalidad feroz y sanguinaria. En aras de un experimento social y de algunos logros menores causó un imperecedero dolor, con millones de víctimas que fueron inmoladas sin contemplaciones en el altar de un futuro que pretendía instaurar el Paraíso en la Tierra. Todavía hoy resuenan sus nefandas vibraciones en la guerra de Ucrania.

Constituyó durante largo tiempo una fuente de esperanza para las clases proletarias, en especial tras la Primera

Guerra Mundial, aquella incomprensible carnicería al servicio de un desalmado imperialismo. Se anhelaba superar el desfallecimiento prolongado durante la Gran Depresión. A lo largo de lustros el mundo entero estuvo a punto de volverse comunista y no solo por una locura colectiva fruto de la ignorancia.

Las promesas del comunismo resultan intensamente atractivas para esas capas de la población que eran y son explotadas inmisericordemente. También para intelectuales burgueses a los que les gusta jugar a ser aprendices de brujo desde un amplio ático con vistas al mejor parque de la ciudad o cefeando en un amplio chalé con piscina.

El marxismo acierta en parte de lo que denuncia y yerra en casi todo lo que propone. Numerosas personas, algunas tan inteligentes como ingenuas, creyeron fehacientemente en él. Los propósitos parecían razonables e incluso éticamente necesarios. Sobre todo cuando las socialdemocracias liberales parecían haber sido definitivamente derrotadas y el fascismo, hermano bastardo del marxismo, era una alternativa cercana. El arsenal analítico del comunismo supo detectar y diagnosticar dificultades de las sociedades industriales, y en concreto de las capitalistas que surgieron de la Primera Guerra Mundial. Stalin brilló, bajo la efigie de Lenin, como la encarnación de ese nuevo mundo desbordante de expectación.

Se ha presentado a veces a Stalin como un burócrata gris, ignorante, de una suspicacia pueril y estúpida, chocarrero, al borde de la necesidad, poco menos que un patán con suerte. Otro Adolf Eichmann. Fue más bien un dirigente astuto, taimado y tenaz. Lector incansable e inquieto, notabilí-

simo trabajador, por temporadas tan frugal como esforzado. No escatimó esfuerzos para servir al Partido, una organización que, para él, marxista-leninista, resultaba indistinguible de la URSS. Vivió, según su forma de justificarse, como un militante al servicio de la obra de Lenin, su admirado líder. Se trataba del subterfugio que empleaba como parapeto.

Jamás alcanzó la brillantez intelectual de Bujarin y tampoco poseyó el carisma de Trotsky, pero exploró con cruel sagacidad la naturaleza humana. Había pasado más tiempo haciendo la Revolución en los campos petroleros de Bakú o en las calles de Moscú que muchos de sus camaradas, encerrados en bibliotecas o en los refinados cafés de media Europa. Esto, a la hora de tratar con lo humano y valorar sus fragilidades y fortalezas, le dotaba de ventajas intangibles e innegables. Su agudeza natural, templada en las callejuelas de Gori o en los conflictos del movimiento obrero, la aprovechó tanto cuando era un revolucionario que atracaba bancos como al oficial de estadista que se repartía el continente europeo en una servilleta de papel.

Stalin fue brutal y encantador. Podía mostrarse sentimental para, al rato, volverse despiadado. Desarrolló un retorcido sentido del humor, propio de un matón de arrabal. Sabía ser serio y solemne cuando era conveniente. Se guardaba sus opiniones para conocer cuáles eran las de los demás y detectar a posibles o imaginarios enemigos. Era capaz de aceptar puntualmente propuestas ajenas si creía que estaba equivocado, aunque la modestia no era su fuerte. Detestaba a los halagadores. Odiaba a quienes lo desafiaban. Podía llegar a exhibirse como víctima y culpable al mismo tiempo, dimitiendo de sus cargos cuando surgía cualquier escollo. Todos esos rasgos no eran contradictorios, sino que se complementaban. No todas las pasiones atacan a la misma edad. Al principio, predomina la imprudencia y la timidez; posteriormente, acomete el afán de placer y mando; por fin, la co-

dicia. Stalin transitó por todas las etapas, aunque en buena medida quedó entrampado en el ansia de poder y la jactancia que suele acompañar.

Construyó una colosal capacidad para erigirse, durante las luchas internas tras la muerte de Lenin y los procesos de colectivización, en el centro del Partido. Se presentó como la figura que mediaba y arbitraba entre corrientes ideológicas. Desató el Terror y también lo frenó a su conveniencia. Desencadenaba la más inhumana violencia, para detenerla cuando no le era útil. No fue distinto su comportamiento durante la guerra y cuando se hizo dueño de medio mundo. Para él, sus fines justificaban cualquier medio.

Stalin, extraordinario camaleón, podía aparentar ser pragmático e incluso tolerante. Disminuía puntualmente las cuotas de requisita de grano durante la colectivización para no apretar más a los exhaustos campesinos o llegaba a acuerdos con la Iglesia ortodoxa en la Segunda Guerra Mundial. Sus valores siempre estuvieron mediatizados por sus propósitos. Fue, como tantos de sus predecesores y seguidores, un inmoral vertebrado o un invertebrado moral. Eso lo mantuvo en la cúspide.

El límite insalvable es que alguien considerase que él, Stalin, no era el único esencial. Ahí se acababan las contemplaciones, si no lo habían hecho antes. El culto a la personalidad no le molestaba, ávido de que los miembros del Partido fueran más estalinistas que Stalin. Al igual que los secuaces de Hitler, Mussolini o Mao, todos sus subordinados debían avanzar en la dirección del timonel, siempre él mismo. Por lo demás, Rusia admiraba a los líderes fuertes y recios, al *vozhd* que traza el camino, a veces con el palo y otras con la zanahoria. En el «padrecito» de los pueblos había algo de Jano, como en todos los tiranos. Un Jano desmesurado. Esas dos caras no deben llamar a engaño. Stalin era brutal y pavoroso.

Concedor de la relevancia de los cargos y sus privilegios a la hora de asegurar la lealtad, Stalin reconfiguró durante los años veinte la organización del Partido, colocando a afines en puestos decisivos, que a su vez situaban a otra cabilla de paniaguados en escalones inferiores. Todos los niveles le eran leales. ¡Ay de quien se atreviese a no serlo, aunque solo fuese de pensamiento! A la hora de enfrentarse a sus enemigos los dividía, gracias a su adaptabilidad, según fuera oportuno, en una u otra corriente. Supo jugar un papel aparentemente secundario a la sombra de Zinóviev y Kámenev o a la de Bujarin más tarde. El pánico serpenteaba. Bien lo explicitó: había que acabar sobre todo con los inocentes, para que nadie estuviera seguro de la tierra que pisaba.

Tuvo claro que su verdadero y único rival sólido era Trotsky. Instrumentalizó como comparsas a los demás. Una vez que aniquilara a su némesis, nadie podría hacerle sombra.

.....

El mayor error que cometieron, en especial Trotsky, fue juzgar a Stalin como alguien anodino, sin talento, poco más que un montañés grosero no muy avisado. Stalin se benefició de ese equívoco, como el jugador de póker que simuladamente se muestra pasmado pero detecta cuál es el tic de su oponente al marcarse un farol.

.....

Los eliminó a todos, con desprecio y saña. Cuando contraatacaron, era tarde. Lo pagaron con sangre ellos y sus linajes. Stalin había ganado la partida. Su control del Partido y de la URSS fue, gracias a unas estrategias tan toscas como sutiles, absoluto.

Ese dominio fue durante años relativamente inestable, al menos hasta el Terror. Los enormes sacrificios de la colec-

tivización y el descontento en el Partido se convirtieron en amenazas que nunca desdeñó. Para Stalin no había enemigo pequeño. Fue implacable, convencido de que solo así aseguraría la pervivencia del partido de Lenin y, esencialmente, de él mismo.

Durante la década de los treinta se enfrentó a una población extenuada, destrozada por las fieras decisiones del Partido, y a revolucionarios y conspiradores profesionales que, aun habiendo sido expulsados la mayoría del Partido, no eran unos *boy-scouts*. En especial Trotsky, capaz de montar una insurrección armada en un salón de té. Algunos confabularon contra Stalin. Nunca de la manera que dictaminaron los bochornosos y repugnantes procesos de Moscú, paradigma a partir de entonces para los partidos comunistas. Stalin sabía que jamás debía ceder un solo paso. Nunca perdonó ni olvidó.

Con una deformación maniquea, algunos desinformados han contemplado a Trotsky como el revolucionario puro, desbordante de buenas intenciones, con quien la URSS hubiera sido un edén. El ingenuo Karl Kraus lo recordaba en Viena como un fascinante y simpático jugador de ajedrez. Basta con repasar su barbarie a lo largo de la guerra civil, masacrando batallones o secuestrando familias completas de sus enemigos, para echar por tierra esa idílica imagen. Sería suficiente leer *Terrorismo y comunismo*, publicado después de la revolución de octubre, casi un manual *avant la lettre* de lo que sería el estalinismo. Si Trotsky, tras reprimir su desproporcionada arrogancia, hubiera salido victorioso, el proceso de construcción de la URSS hubiera sido paredaño al del estalinismo, pero a la inversa. Otros hubieran sido los fusilados. Las cifras no habrían sido disímiles, como tampoco la desolación generada. Stalin y Trotsky eran testuces de la misma hidra venenosa; ambos profesaban lo mismo.

El papel de Lenin como garante de la Revolución, como el individuo que podía haber cambiado las cosas de haber vivido más, es incierta. Stalin fue su discípulo más aplicado, quien mejor comprendió la maquinaria despiadada que era el Partido perfilado por Lenin. Con obsesión por el orden y la disciplina, bien plasmada en una estructura piramidal y en una Cheka que, al modo de espada y escudo del Partido, era sanguinariamente impía. Como detallo en *iCamaradas! De Lenin a hoy* (LID, 2017), Lenin ordenó más asesinatos en 6 meses que los zares en 80 años.

El recuerdo del fracaso y la represión de la Comuna, así como un delirante programa económico y social en el que lo supuestamente común estaba por encima de la libertad, motivó a Lenin. Para muchos, el sujeto más mefítico y tóxico del siglo XX desde que en abril de 1917 pusiera pie en el andén de la estación de Finlandia. Gracias a su determinación, a la incompetencia de sus rivales y también a unos cuantos golpes de suerte, Lenin cambió la historia. Si hubiera fracasado, si no hubiese sido financiado por los alemanes, si hubiera sido atrapado y fusilado por el Gobierno provisional de Aleksandr Fiódorovich Kerensky, difícilmente alguien habría generado ese legado de violencia y caos. Tuvo tiempo para perfilar a Stalin, aunque en los últimos meses tanteara aniquilarlo al verificar el monstruo que había forjado.

.....

El piloto es indispensable. El comunismo es una conspiración. Inevitablemente deviene en una paranoia donde todo el mundo, con más motivo el presunto camarada, es un refractario en acto o en potencia. Solo el adalid, depositario de la pureza de la idea original gracias al buen hacer del Partido, es una hipotética garantía. No hay mejor adarga. Valga la ironía: si el Partido ha decidido que sea él quien lo dirija, no puede equivocarse.

.....

Stalin aprendió esa lección. Podía y debía aplastar al disidente.

El sanguinario Terror Rojo que introdujo la Revolución para subyugar a la población soviética fue meticulosamente planeado por Lenin. Su muerte puso en manos de sus sucesores una segadora de vidas en forma de Cheka, además de un partido que podía manejar o sustituir si era necesario los engranajes de la sociedad, es decir, a los ciudadanos. Stalin empleó todos los resortes del Partido y la Cheka, a imagen y semejanza de su mentor. El objetivo era llevar a cabo sin cortapisas, al coste humano que fuera, el experimento que Lenin había diseñado tras leer a Marx. Convencido de que la NEP-Nueva Política Económica no podía dar más de sí y optando por la colectivización y la industrialización, calibradas ambas mediante el salvajismo del Terror, Stalin erigió lo que hasta 1991 conocimos como la URSS. Nada habría sido posible sin Lenin, el proyectista. Cada muerte del Terror de los años treinta o de la represión de la posguerra en los países de Europa del Este también es suyo. El estalinismo fue la mejor y más perfecta, quizá la única factible, encarnación del leninismo.

Como miembro del Partido, Stalin jamás trabajó solo. El recurso de personificar en él lo que fue el estalinismo es una excusa trapacera para absolver al comunismo. Lo importante nunca fue el quién, sino el qué y el cómo. La imagen del psicópata solitario del Kremlin, visando en su despacho lista tras lista de ajusticiables, es quimérica. Contó con colaboradores dispuestos y eficaces, como Molotov, Beria o Kagánovich. Ellos estaban convencidos de las bondades del marxismo-leninismo y conjeturaban que Stalin era quien mejor las defendía. Salvo Mikoyán, y tal vez Malenkov, nadie levantó la voz para tratar de evitar las innúmeras matanzas que planificó Stalin. Las memorias interesadas tras su muerte hablan más en contra de ellos que del que fuera su jefe.

Todos, de una forma u otra, lo admiraban, como parte de un pueblo que, sobre todo tras la Gran Guerra Patria, creía en su figura paternal y acudió masivamente a su funeral. *El fanatismo ciego hasta niveles insospechados*. Muchos olvidaron, o desconocían, su profunda afinidad a la apodíctica reflexión de Lenin: «Usaremos a los idiotas útiles en el frente de batalla. Incitaremos el odio de clases, destruiremos su base moral, la familia y la espiritualidad. Comerán las migajas que caerán de nuestras mesas. El Estado será Dios».

El Ché Guevara lo explicaría con mayor claridad años más adelante, muerto ya Stalin: «El odio es un factor de lucha, ese odio intransigente al enemigo que impulsa más allá de las limitaciones del ser humano y lo convierte en una máquina de matar efectiva, violenta, selectiva y fría. Nuestros soldados tienen que ser así: un pueblo sin odio no puede triunfar». Y también: «Para enviar a los hombres al pelotón de fusilamiento, la prueba judicial es innecesaria. Estos procedimientos son un detalle burgués arcaico. Un revolucionario debe convertirse en una fría máquina de matar motivada por el odio puro».

Jrushchov cometió un error irreparable para la URSS al redactar y leer su informe secreto. Más allá de la intención de cargar al muerto con los crímenes que su camarilla había promovido o tolerado —el propio Jrushchov fue un espeluznante represor, en Moscú y en Ucrania—, el informe secreto desautorizó a quien había construido el Estado soviético. A partir de ese momento nadie con dos dedos de frente podía creer. Aquella confesión supuso el verdadero final intelectual de la URSS. Deslegitimó sus cimientos.

Los intentos de Jrushchov por mutar la realidad de la URSS y hacerla más amable se estrellaron contra la pétrea realidad del estalinismo. Como un fantasma diabólico que alzara la voz para reivindicarse, acabó reviviendo en el período de Breznev. El lema jamás declarado era el de ir tiran-

do, sin complicarse la vida y manteniéndose alejado de los problemas, en una realidad estancada. La estabilización de cuadros fue un eufemismo para definir la burocratización de la corrupción. Fue el hijo perfecto del marxismo-leninismo. Un zombi que no podía matar como su padre, pero que tenía sus rasgos. No se podía escapar del estalinismo, porque era la máxima y más perfecta expresión de la ideología comunista.

El problema del comunismo jamás es un mero individuo, sino la ideología que lo sustenta, que puede asumir diversos nombres, desde Lenin a Mao, Castro, Maduro o Pol-Pot.

Siempre será, con independencia del apellido, una doctrina malograda y criminal, incapaz de comprender la naturaleza humana y el anhelo de libertad. Antes o después tratarán de arreglar con radical arbitrariedad lo que falla para sus creyentes, dada la presunta infalibilidad de la teoría: lo humano. Incapaces de asumir su frustración y rectificar, se impondrán bestialmente, destruyendo a la sociedad mediante la represión, el desasosiego y el asesinato. Todo ello bajo la escrutadora contemplación de la nueva clase dominante, la *nomenklatura*.

.....
El comunismo es altanero y petulante. Asegura disponer de la receta infalible para solucionar todos los problemas de la humanidad. En su reivindicación mesiánica ofrece el Olimpo, la felicidad eterna. Dios es juzgado como un escueto pelele a su lado.
.....

Esa mirada totalizadora y exterminadora, articulada a través del Partido –la gran creación de Lenin–, fue la que llevó a Stalin a convertir la URSS en una potencia que te-

nía casi todo de cartón piedra. Para mostrar al mundo que el experimento había sido un éxito, el coste humano se reveló descomunadamente impío. Después de la guerra, con sus facultades físicas y mentales seriamente mermadas, Stalin no alteró su programa político en lo fundamental, salvo para asumir, no sin cierta actitud marrullera y más repugnante de lo habitual, una postura antisemita y rusófila. No dejó de reivindicar a Lenin –y el Partido, siempre el Partido– hasta su muerte. En sus dobleces y abusos, en sus caprichos y excesos, Stalin custodió lo incongruente con repulsiva coherencia.

Siempre rodeado de una escolta de lacayos, parásitos y aduladores, pávidos por las sucesivas mutaciones de opinión de su jefe, pérfido de profesión. Irascible y furibundo, a la vez que se presentaba en ocasiones pacato, bien se le podrían haber aplicado las expresiones del patriarca Juan Crisóstomo, uno de los grandes del siglo IV: «Ni un león ni una víbora pueden despedazar las entrañas como la ira, que descuartiza a cada momento con sus dientes de hierro. La ira no daña solo al cuerpo, sino que destruye también la salud del alma, devorando, destrozando, disipando su fuerza y dejándola inhábil para cualquier cosa. Cuando alguien tiene gusanos en las entrañas llega a no poder ni respirar, pues tiene su interior consumido. ¿Qué puede generar alguien de noble, teniendo dentro tan enorme sierpe, como es la ira?». El audaz *coach* que se lo hubiera formulado no lo habría contado.

Si nos alimentamos en los prados del espíritu y el intelecto, los ojos se mantienen limpios, diáfanos, penetrantes. Si, por el contrario, nos adentramos en la humareda de corrientes que desprecian a la persona, el hollín de la ignorancia antropológica nos cegará. Nada perturba tanto el fanal del alma como la muchedumbre de intereses ideológicos, la negativa a investigar o el filtro del prejuicio. Todo eso compone la leña que, encendida, acaba tiznando. Cuando el

fuego prende en materia húmeda y mojada, levanta más humareda. De esa manera actúa la nesciencia, el prejuicio, la bobería. Es preciso el rocío del estudio, de la buena voluntad, de la generosidad, para disipar la nebulosa ceniza y proporcionar luz a los juicios.

Stalin fue un fanático, presumiblemente convencido de que el marxismo-leninismo ofrecía una respuesta a todos los problemas políticos, científicos, económicos, sociales o artísticos. Bajo el cinismo y los trampantojos que explotó para sobrevivir en la cúspide, fue hipócritamente sincero. Nunca se enriqueció. ¡No lo necesitaba! ¡Toda la URSS le pertenecía! Su vida era frugal cara a la galería. ¿Qué decir, entre innumerables manifestaciones de fingimiento, de las fiestas y orgías con sus camaradas, propias de una sociedad visceralmente machista como la rusa?

Stalin pretendía algo más terrible que el poder por el poder de los sátrapas. Él anhelaba transformar de raíz la realidad y disciplinarla según lo que creía que era conveniente, sin salirse de las pautas que había transmitido Lenin. Ese convencimiento es lo que le hacía aterrador e inclemente. Stalin hozaba ciegamente en un credo donde el asesinato, la tortura y cualquier otro crimen están plenamente acordados.

.....
En este libro he dado voz a Stalin. No se trata de una biografía, aunque puede ser leída como tal. Representa un intento de comprender cómo argumentaba y obraba el más paradigmático revolucionario comunista del siglo XX.
.....

El lector que pretenda encontrar una caricatura en la forma de un payaso repleto de vicios o de un inconsciente con pocas luces convencido de su propia genialidad psicópata quedará decepcionado. Tampoco he pretendido un juicio

de Stalin, actuando como fiscal acusador. La historia tiene suficientes cargos contra él y son de sobra conocidos sus infames delitos.

Este libro es una entrevista, no un interrogatorio. Se permite que Stalin explicita sus argumentos. He expurgado su producción escrita, además de numerosos testimonios de quienes lo conocieron y frecuentaron. Muestro su contumelia, su procacidad, sus coartadas, su lógica y su depredación inhumana. Como reconoció en más de una ocasión, mentir, traicionar y asesinar formaban parte de su ideología. Rasgos compartidos por líderes de organizaciones inspiradas a modo de franquicia en la suya, algunas de ellas contemporáneas y cercanas.

.....
He articulado los razonamientos terribles que en ese tiempo parecieron sólidos a muchos, incluidos conjeturables intelectuales e incluso religiosos. Aunque cueste creerlo, también hoy. Son una advertencia para quienes consideran que la historia no puede repetirse.
.....

He evitado lugares comunes para mostrar que Stalin fue una herramienta al servicio de una ideología nefasta, cuyas mutaciones aún seguimos sufriendo. Han estado siempre presentes en la historia, en ese hilo tintado de color sangre. A partir de ahí es labor del lector formular sus propias preguntas para hallar sus respuestas. Después de todo, no somos comunistas. Podemos, por eso, contemplar la realidad sin filtros y opresores corsés ideológicos.

En torno a 1973, hace más de medio siglo, comencé a disfrutar de la literatura rusa. Leí con fruición a Tolstoy, Dostoyevski, Goncharov, Pushkin, Chéjov y muchos más. Me embriagó la complejidad del alma rusa. Pronto di el salto a

Orwell, Koestler, Solzhenitsyn, Ginzburg, Bukovsky, Kour-dakov, Voslensky, Bukovsky, Berkman, etc.

Por otro lado, en 1991, aterricé por primera vez en Praga. Acudí a pronunciar una conferencia en uno de los primeros congresos libres tras la caída del muro de Berlín. A raíz de aquel viaje, puse en marcha el proyecto de una escuela de negocios en la capital de la entonces Checoslovaquia. Apoyado, entre otros, por Václav Havel, culminó con éxito aquel proyecto que dejé en manos de un grupo suizo.

Durante años viajé al menos mensualmente a lo que luego fue la República Checa, y a Eslovaquia, Polonia, Hungría, etc. Otros avatares profesionales y personales me han permitido visitar Eslovenia, Letonia, Estonia, Vietnam, Rusia...

He procurado informarme de la percepción que sobre el comunismo tenían quienes habían vivido bajo ese despotista sistema político. Más allá de quienes habitaron estancias gubernamentales o subvencionadas, percibí un hondo temor que calaba los huesos. Muy especialmente en los primeros años tras la caída de la cortina de acero, pocos se atrevían a hablar con claridad. Una desconfiada ansiedad borboteaba instalada en esas sociedades. Más de uno se avino a charlar únicamente en las frías calles por recelo a que sus despachos u hogares tuvieran aún micrófonos.

Sorprende que, más allá de los beneficiados por esos regímenes dictatoriales, haya hoy quienes añoren aquella época. Solo pueden explicarlo la ignorancia, la ciega creencia en verdades fútiles o la maldad. Sensación semejante he obtenido de mis charlas con ciudadanos de Venezuela o Cuba, países sometidos a tiranías cobijadas tras el mismo cartel doctrinal.

.....

Ojalá se encuentren eficaces soluciones a la pobreza y la diferencia social. Una sanguinaria dictadura nunca lo es. La libertad forma parte indisoluble de la naturaleza humana y quien intenta ofrecer recetas sin contar con ella daña gravemente a las personas.

.....

Como he mencionado, acaban sustituyendo a los capitalistas por una *nomenklatura* más egoísta y desalmada, si cabe, que aborrece la democracia, porque anhelan mantener los privilegios arrebatados. Quien al final sufre es el pueblo al que habían prometido ayudar.

Por mi afán de entender por qué hay personas que siguen creyendo en un sistema que se ha manifestado perverso en cualquiera de sus expresiones en todos los continentes, escribí el aludido *¡Camaradas! de Lenin a hoy* (LID, 2017).

Entrevista a Stalin es un paso más en mi intento de comprensión. Reitero que he procurado que las respuestas de Iósif Vissariónovich Dzhugashvili, su nombre completo, sean absolutamente fidedignas a su pensamiento, tanto en forma como en fondo. Corresponde al lector sacar las conclusiones. Stalin y Eichmann compartían buena parte de su modo de ver el mundo. Ambos carecían de empatía y consideraban que las circunstancias eran la excusa ineludible para sus patibularias actuaciones.